

*La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*

Josep Maria Esquirol

Barcelona: Acantilado, 2015. 178 págs.

**Borja CANO VIDAL**

Universidad de Salamanca

borjacano@usal.es

**E**n las últimas décadas, han sido muchas las diferentes expresiones de resistencia y las páginas vertidas por parte de la crítica sobre ella, asociada con frecuencia a una cierta rebelión contra el sistema hegemónico. Sin embargo, existen otro tipo de resistencias, más vinculadas a lo intrínsecamente humano y que no implican tanto un levantamiento o sublevación sino una fortaleza ante el entorno, especialmente el presente, signado por una crisis de valores y paradigmas que permea todos los niveles y que asola al individuo contemporáneo en una sensación de pérdida e inestabilidad. Desde este planteamiento, Josep Maria Esquirol, filósofo y profesor de la Universidad de Barcelona, presenta en una de sus más recientes publicaciones el concepto de resistencia íntima como una nueva propuesta ontológica que a través de una «filosofía de la proximidad», como el subtítulo de su ensayo indica, pueda conceder esa esperanza referida.

Galardonado en 2016 con el Premio Nacional de Ensayo por el Ministerio de Cultura, Educación y Deporte, Esquirol, pese a su dilatada formación y oficio académicos, ofrece en esta ocasión un ensayo alejado de la sobrecarga de citas y más cercano a la escritura y reflexiva que, no por ello, está exento de referencias y vastos conocimientos. Dividido en diez apartados dedicados cada uno de ellos a los distintos elementos que integran su propuesta filosófica y con algunas breves digresiones que Esquirol denomina «momentos», el pensador catalán traza en *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad* (2015) una exposición acumulativa de todos los elementos que integran esta nueva ontología.

Así pues, e inaugurando el libro con uno de los «momentos» ya citados –El plato en la mesa–, en esta tentativa de prólogo Josep Maria Esquirol ya deja entrever de forma clara sus intenciones a través de su propuesta de celebrar el valor de compartir mesa y diálogo con el otro y el placer que de ello emana, con unos evidentes tintes epicúreos que

no vienen sino a resultar una de tantas vías de evitar el aislamiento contemporáneo y de conceder seguridad (8-9). Precisamente esta última, para él, se mantendrá si no se cede y si, por tanto, se resiste y, con ello, se existe. Es esta la idea preponderante en su primer apartado, «Disgregación y resistencia», donde afirma que «la resistencia expresa no un mero hecho circunstancial, sino una manera de ser, un movimiento de la existencia humana» (9).

A continuación, en «Cartografía de la nada y experiencia nihilista», acude a estos últimos planteamientos para examinar la lógica que entraña tal corriente de pensamiento y cómo la decadencia, en tanto que desintegración de las partes que formaban un todo, puede responderse mediante la vuelta a la casa, frente al eterno retorno (28). De esta forma, la desilusión ante la imposibilidad de cartografiar la nada y el nihilismo que para algunos filósofos ha signado la historia de Occidente (como es el caso de Heidegger, a cuya obra acude Esquirol constantemente) se resolvería mediante la proximidad del hogar, de la compañía, confiriendo mayor presencia y sentido y pudiendo crear con ello, en última instancia, un posible refugio.

Sobre este último elemento versa su tercer apartado, «Volver a casa», donde comienza a abordar el asunto de la intimidad, expresada esta desde un gran símbolo como es la casa. De esta forma, «la casa centra el mundo y el hogar centra la casa» (42) y, con ello, el don del retorno a una sociedad orgiástica puede resultar muy chocante, me tendría un poco en ello o lo reformularía), en su concepción primitiva, lo que conecta con la necesidad de repensar la comunidad. En este sentido, Esquirol se vincula con algunos de los postulados filosóficos de los últimos años que ven en el prójimo y la relación con este la posibilidad de encontrar en ello una existencia más amable (52), como sería el caso del sociólogo francés Michel Maffesoli.

En relación con la casa, pues, surge lo cotidiano, en torno al cual su cuarto apartado, «Elogio de la cotidianidad: lo sencilla que es la vida», muestra cómo lo mundano no dista de ser sublime, y para ello acude a Chéjov o Kierkegaard como intelectuales que ya supieron visualizar este asunto. Esto no ha logrado evitar el descrédito que la filosofía contemporánea ha hecho de la cotidianidad, por lo que el filósofo catalán insiste aquí en dos conceptos en aras de revelar su valía para legitimar la cotidianidad (58): el sentido común y el lenguaje ordinario, ambos claves y elementos de curación para volver a la vida y no distanciarnos de lo esencial.

Precisamente, es la curación es el motivo que protagoniza su quinto apartado, «Breve meditación médica» como otro de los grandes elementos de resistencia, en este caso a la enfermedad y, vinculado a ello, el hospital, como otra de las grandes formas de la casa. Sin

embargo, tal curación entraña ciertos peligros, como demuestra en un siguiente estadio que titula «Cuidarse sin convertirse en Narciso» y donde confronta el cuidado de sí mismo como resistencia ante la vulnerabilidad del yo y el inconformismo de la civilización contemporánea, que trata de abarcar más y de manera más rápida. De cualquier forma, «la vida como resistencia no espera una victoria inmediata» (109).

Hasta ahora, han sido la experiencia de la cotidianidad, la acción médica y el gesto de la casa en tanto que refugio íntimo las diversas modalidades que Josep Maria Esquirol ha presentado como actantes de la filosofía de la proximidad que postula en esta obra. Consciente del carácter indubitable de la coetaneidad, presenta una crítica en «No ceder al dogmatismo de la actualidad» a ciertas perturbaciones del mundo contemporáneo, ante las que defiende una resistencia a través de la memoria y de la imaginación (120). Estos, sin embargo, no se muestran rentables en el mundo presente, lo que a su vez da prueba de la eficacia de ese imperio de la actualidad que no es sino una «anticipación del futuro» (119), pues la información sobre la realidad más cercana reside en conocer lo que ya ha llegado.

Una dicotomía confrontada es lo que también presenta Esquirol en el siguiente capítulo, «¿El océano o el desierto?», donde utiliza la imagen de ambos para definir la condición humana: mientras que «el desierto ilustra la precariedad de la condición humana, [...] en el océano no hay amparo; hay inmersión y disolución» (120). Al respecto, acude al concepto de «sentimiento oceánico» propio de Pierre Hadot, que vendría a signar el hecho de «verse de verdad como una ola del océano ilimitado, entenderse como parte de una realidad misteriosa e infinita» (133) y que, por tanto, supondría un cierto consuelo o capacidad de resistencia por superar los límites inherentes al yo.

Otro de los elementos que integrarían la filosofía de la proximidad serían las propias palabras, como aborda en el penúltimo apartado, «La esencia del lenguaje como amparo». Frente al lenguaje poético y el canto, que desarrolla extensamente y que considera Esquirol que mantienen y, por tanto, defienden, ciertos lazos de vecindad (146), es en la información respecto a lo verdaderamente esencial donde existe mayor distancia de la realidad, por paradójico que pueda resultar. En consonancia, acude al término de «parresía», que originariamente alude a la capacidad de expresar la verdad de las cosas y que contrarrestaría a otros métodos persuasivos, como la retórica y la demagogia. Asimismo, confronta este concepto, recuperado por Michel Foucault en la filosofía contemporánea, con la murmuración, que considera un «veneno» por su capacidad de «hablar vacío y de forma ininterrumpida» (151).

Por último, y recopilando todos los elementos anteriormente expuestos, en «Una metafísica del ayuntamiento» Josep Maria Esquirol estudia el modo de ser del hombre por juntura y, por tanto, retoma la acepción más denostada del término «ayuntamiento» para expresar otra de las claves de esta filosofía de la proximidad que se funda por oposición a la experiencia del nihilismo y de la intemperie de la actualidad (177) para fomentar y manifestar su resistencia. En definitiva, Esquirol es plenamente consciente de que el mundo que rodea al individuo debe aceptarse tal y como se le presenta, pero que, al mismo tiempo, no tiene por qué imperar la resignación ante el mismo. La esfera íntima o privada constituye, pues, el foco principal en el que el sujeto contemporáneo puede encontrar su propio asidero a través de elementos como la casa, la familia, el lenguaje o la cotidianidad. Se trata, por tanto, de una resistencia pacífica pero persistente, consciente, pero también insurgente y, sobre todo, próxima, como la ontología que propone el filósofo catalán.